

tienen tal solidez, que adheridas como están á las peñas, no puede el ojo distinguir dónde concluye la obra de la naturaleza y dónde comienza la del hombre.

Bacoli (Baoli) se encuentra poco distante de Bayas, mezquina aldeana asentada en el declive de una colina. En las cumbres están las ruinas de la fastuosa «villa» de Julio César, que pasó á la propiedad de Augusto y fué la residencia de su hermana Octavia. En este palacio fué muerta Agripina por orden de su hijo Neron. Tres veces intentó este monstruo envenenarla; pero conociendo que ella estaba provista de antídotos, mudó de plan, y trató de realizar su crimen por otros medios. Hizo fabricar un techo á propósito para hacerlo caer sobre su madre; pero esta recibió aviso oportuno, y se libró del peligro. Encontrándose Agripina en un buque hecho conforme á la idea de Neron, en un momento dado fué destapada una trampa que habia en el fondo, y la madre del emperador cayó en el agua. Sin embargo, pudo á nado ganar la orilla, y habiendo sabido su salvacion el César, la hizo asesinar en su cama aquella misma noche.

En Baoli se muestra asimismo una vastísima construccion subterránea cuyo destino se ignora, y que es llamada «la piscina mirabile.» Está excavada en la montaña, y su bóveda es sostenida por 48 columnas que forman cinco galerías. Es verdaderamente una obra gigantesca y admirable.

Adelante. Aquí existió la ciudad de Miseno, que no ha sido reemplazada por ninguna poblacion, por mezquina que sea. Aquí murió Plinio el viejo, este ilustre mártir de la ciencia, que á pesar del peligro, estaba consagrado al estudio del terrible fenómeno de la erupcion del Vesubio. El promontorio recibió su nombre de Miseno, compañero de Eneas, y que lo habia sido de Héctor, el cual no tuvo nunca igual en el arte de tocar la trompeta é inspirar á los guerreros valor en el combate. A la llegada de los troyanos á Cumas, tocó Miseno por casualidad su trompeta, haciendo retumbar la líquida superficie. Triton, dios marino á quien se representa pitando en los retorcidos caracoles,

envidioso de la habilidad del troyano, lo sumergió en las aguas, entre las rocas cubiertas de espuma. Advertido Eneas de su muerte por la Sibila, volvió á su campo, donde rindió al cadáver los últimos honores, é hizo depositar sus cenizas al pié de una alta montaña

. . . . Qui nunc Misenus ab illo
Dicitur, æternumque tenet per sæcula nomen.

Muy cerca está el lugar donde fué Linterno, y que hoy es una estacion de pescadores, protegida por una alta y antiquísima torre llamada de Patria. Aquí vino á refugiarse Scipion el Africano, acusado en Roma; y sobre su tumba se grabó esta inscripcion por su orden: «Ingrata patria ne ossa mea quidem habebis.» Una torre fué erigida sobre su mausoleo en la Edad Média, y recibió el nombre que hasta hoy lleva, porque de la antigua inscripcion fué encontrada sobre una piedra la palabra «patria.»

El pueblo romano reconoció su yerro despues de la muerte de este grande hombre, y las cenizas del Africano fueron trasportadas á Roma y depositadas en una tumba de familia, que todavía existe en la Via Apia.

II

COSTEANDO la mar al Sur de Nápoles, y siguiendo las sinuosidades del golfo, se entra en el camino que conduce sucesivamente á una serie de pintorescas poblaciones, que asidas á las orlas de la tierra, se retratan en las aguas del Mediterráneo. Primero está Portici, ciudad de once mil almas, donde los napolitanos acomodados tienen elegantes casas de campo.

Sigue Torre del Greco, al pié del Vesubio, que eternamente la conturba con terremotos ó erupciones. Los enfermos de Nápoles vienen á pasar aquí grandes temporadas, y son milagrosas las curaciones operadas por la deliciosa temperatura de estos sitios, y por el aire embalsamado y puro que en ellos se respira. La tierra es en extremo fértil y risueña; por todas partes se ven las vides enredadas amorosamente á los troncos de los árboles.

Después se llega á Torre dell'Annunziata, poblacion manufacturera de cerca de 20,000 almas.

Aquí dejo el tren, y siguiendo un camino á la izquierda, atravieso una puerta y luego otra, donde mediante un pequeño desembolso se me da un «cicerone» para que por todas partes me acompañe, y todo me lo explique.

Al fin me encuentro en Pompeya, ¿lo entendeis, lectores? caminando voy por las calles de la ciudad desamortajada.

Cuando miré en torno mio y se encontraron mis ojos con las casas en pié y las calles solitarias, me pareció que soñaba, y recordé entonces cuánto habia deseado toda mi vida visitar esta ciudad célebre, que hace mas de un siglo está exhumando el hombre moderno.

El pavimento está formado por las grandes piedras colocadas las unas junto á las otras, que constituyen todavía las admirables vías romanas; y conservan los rastros de los carros «plaustra,» que eran arrastrados por cuatro bueyes.

El embanquetado «margines» es de asfalto. Para pasar de una acera á otra hay piedras salientes colocadas de distancia en distancia. Esto permitia en tiempo de lluvia á los transeuntes atravesar las calles sin llenarse de barro; estas son sumamente estrechas, la mas ancha no pasa de ser un callejon bastante angosto. Y tanto es así, que parece inexplicable que por allí hayan podido caminar los carros, los caballos y las personas á la vez. El «cicerone» me dijo que á fin de evitar que dos carros que caminaban en sentido contrario se encontraran en una calle, los agentes de policía tenian buen cuidado de

hacer que se parara alguno de ellos en una plaza, hasta tanto que el otro pasara. Y en efecto, no puede menos de haber sido de esta manera.

Habia en la ciudad multitud de fuentes públicas y de pozos. Los monumentos son numerosos, y hay algunos arcos de triunfo que han perdido su revestimiento de mármol. Las casas parecen nuevas, y es porque antes de la terrible erupcion que sumergió á Pompeya, la ciudad habia sufrido temblores de tierra, y habia sido reedificada. Dos pisos tienen las habitaciones generalmente, y aun hay muchas de uno solo. Las fachadas son mezquinas; el lujo de arquitectura se dejaba para el interior.

Las tiendas y las tabernas son abundantes. Los mostradores están cubiertos de mármol. El vino y el aceite se ponian en ánforas sumergidas en el mostrador mismo. Los romanos veian con desden el comercio, y lo encomendaban en manos de los esclavos. Una serpiente enredada mordiendo una manzana, indica una farmacia; el toro, una carnicería; una ánfora llevada en una pértiga por dos hombres, un expendio de vino; y así sucesivamente, á falta de inscripciones, se valian los pompeyanos de estas figuras simbólicas para dar á conocer los distintos géneros de comercio de cada tienda.

Las panaderías se conocen desde luego por el molino. Estos molinos de piedra consisten en dos muelas, de las cuales la superior gira sobre la de abajo por medio de un aparato de madera que era movido por un asno ó un esclavo. De algunos hornos de estas panaderías se han sacado panes en perfecta conservacion. Parece que la policía exigia que estos fuesen marcados, para evitar el engaño del público, pues sobre muchos de ellos se leen estas palabras: «silio granii» harina de trigo, ó bien «e cicera» harina de garbanzo.

Los relojes de sol, «accensus,» se encargaban de anunciar la hora durante el dia. En la noche no habia mas regla que el cálculo y la observacion de las estrellas para el público; los particulares tenian relojes de agua ó arena.

La mas monumental de las calles de Pompeya, era la de los Sepulcros. No guarda comparacion con la Via Apia de Roma en lo que ve á la suntuosidad; pero esta se encuentra mejor conservada. Muchas de las tumbas están adornadas con estatuas y con bajo-relieves muy interesantes, bajo el punto de vista de las costumbres del pueblo que revelan. Las de los niños estaban ornadas con flores. Estos eran enterrados intactos, siempre que morian dentro de los nueve años; y aquellos que morian habiendo pasado de esa edad, seguian la suerte comun, y sus cadáveres eran quemados, y guardadas en ánforas sus cenizas. Los deudos tenian buen cuidado de poner en la urna cineraria el óbolo que la sombra debía de pagar al barquero Caron. Esta precaucion no se tomaba con los esclavos, para quienes no habia lugar en los infiernos; y la gente rica hacia fabricar vastos aposentos, en cuyas paredes depositaba, y en miserables nichos, las urnas cinerarias de sus esclavos. Estas urnas eran muy semejantes á los nidos de las palomas, razon por que tales aposentos recibieron el nombre de «columbaria,» que es como si en español dijéramos palomares.

Junto á algunas tumbas hay un pequeño aposento, y este lugar tuvo por objeto recibir á los deudos y amigos del muerto, que venian aquí á comer de vez en cuando en honor suyo, durante los dias de duelo.

En mitad de esta curiosa é imponente calle de los Sepulcros, hay un «hemiciclo,» especie de construccion redonda, rodeada de un embanquetado de piedra. Los pompeyanos acostumbraban venir á visitar frecuentemente á los muertos; y como todo se falsea y desfigura entre los hombres, esta piadosa costumbre degeneró con el tiempo en un verdadero paseo, y en una profanacion de aquellos sitios respetables.

Ciceron, siguiendo á la multitud, venia frecuentemente á pasear por esta calle, y gustaba de sentarse en el embanquetado de que está rodeado el «hemiciclo,» en compañía de sus amigos. Yo fui á sentarme allí tambien, donde el príncipe de los oradores se sentaba, y

encontraba que el cuadro que me rodeaba parecia exigir la figura, el carácter y el traje de un hombre antiguo. Porque este cuadro no ha sufrido mudanza alguna desde que los ojos de Ciceron lo vieron; y solamente las generaciones de los hombres se han sucedido, en este período de cerca de dos mil años.

Las casas de Pompeya, feas en el exterior, asombran por el lujo de arte que en su interior se despliega. Pórticos, columnatas, fuentes, estatuas, eran el ordinario adorno de las habitaciones de los ricos. El mármol, usado con profusion, servia para darles brillo, magnificencia, y una grande apariencia monumental. Pero si he de dar mi opinion con entera franqueza, diré que no me parece hayan estado aventajados los romanos en materia de ideas acerca de la comodidad de las habitaciones. Los aposentos en general eran sumamente estrechos, y estaban incomunicados á mayor abundamiento. Los patios interiores eran grandes, y las pinturas decoraban profusamente los muros; pero en cambio habia pocas recámaras, y en un pequeño espacio se aglomeraba toda la parte habitable de la casa. Las escaleras en particular, oscuras, empinadas, tortuosas, parecen haber estado dispuestas «ex profeso» para que rodaran los pompeyanos por ellas. Los romanos no conocieron las chimeneas. En el rigor del invierno colocaban el fuego en medio de la estancia en un brasero, y el humo se escapaba por una hendidura abierta en el techo.

Visitemos una casa. Se entra primeramente en lo que hoy llamamos zaguan «prothirum.» Aquí estaban los dioses lares en un nicho practicado en el muro, representados en figuras de escultura ó pintura, y una lámpara ardia enfrente de ellos, y en honor suyo. El portero era un esclavo, y para que no saliese á chacotear con los vecinos, se le tenia amarrado con una cadena como á un perro. Lo primero que el visitante percibe al dirigir sus miradas al suelo, es una inscripcion con que el señor de la casa recibia á los que iban á verle: «salve lucro.» La significacion es clara. Los ricos pompeyanos lo miraban todo por el lado de la ganancia, aun las visitas de sus amigos.

En seguida del zaguan está el primer patio, «atrium.»

En medio del atrio está el «ampluvium,» especie de gran resumidero de mármol, donde eran recibidas, y por donde escurrian las aguas de la lluvia, que caian de arriba por una abertura practicada en el techo, y que era llamada «compluvium.» Al rededor del atrio estaban los aposentos reservados á los huéspedes, «hospitia,» y los de los esclavos, «ergastula.» En el fondo habia corredores, y entre otras piezas se encontraba el «tablinum» ó biblioteca, donde se conservaban los retratos y los archivos de la familia, y los libros que eran colocados en estantes de cedro, «armoria,» de donde se deriva la palabra armario.

Del atrio se pasa al peristilo ó segundo patio. Aquí era donde se desplegaba el mayor lujo. Suntuosos pórticos, magnificas arquerías sostenidas por columnas de mármol, estatuas, jarrones de alabastro llenos de flores, formaban el ornamento de esta parte de la casa, que era reservada á los amos. Aquí estaban los «cubicula» ó cuartos de dormir, el «œcus» ó salon de recepcion, el «triclinium» ó comedor, y otra especie de aposentos que no son para mencionados siquiera, por la inmoralidad de su objeto.

En el centro del peristilo se encontraba una fuente monumental, donde el dueño de la casa habia desplegado toda su magnificencia, y toda su habilidad el artista. En torno de la fuente habia estatuas y flores, y vasos de mármol y alabastro.

Del peristilo seguía el jardin. El «gynœceum» ó habitacion destinada á las mujeres, ocupaba el piso alto. Nada de esto puede verse, porque la parte superior de las casas está destruida.

En las alcobas vacías se miran algunos lechos. Son de piedra, y sobre ellos se colocaban los colchones, «culcita,» el grande almohadon, «cubitale,» y la pequeña almohada, «cervicale.» Habia tambien multitud de lechos iguales á los nuestros, y eran de bronce ó madera, artísticamente trabajados. El lecho estaba rodeado de cortinas, de las cuales quedan todavía las argollas de metal que las sostenian.

Seria preciso escribir in folios para hacer una descripcion, siquiera rápida, de todas las curiosidades en materia de muebles, vasijas, utensilios de casa y alhajas, que han sido encontradas en Pompeya, y que forman el dia de hoy el mejor timbre de gloria del Museo Borbon de Nápoles. Básteme decir que en este particular, el hombre moderno ha quedado muy atrás del hombre antiguo.

En la «villa» ó casa de campo de Arrio Diomedes, hay mucho que admirar, por las vastas proporciones de la construccion, y por la riqueza que se adivina habia allí desplegada. La cava donde se guardaban los vinos es extensísima, y está formada por una galería subterránea, cuadrangular, cuyos costados no pueden medir menos de sesenta metros. Allí se depositaba el licor de Baco en grandísimas ánforas de barro, enclavadas en bancos de piedra. Y todo aquel subterráneo está lleno de ánforas. Aquí vinieron á refugiarse varias personas, tal vez de la familia de Diomedes, y habiendo sido tapada la salida por las cenizas del Vesubio, todas ellas perecieron junto á la puerta, llevando sobre su cuerpo sus alhajas y riquezas que trataron de salvar, y que fueron tal vez la causa de su muerte.

Las pinturas de Pompeya, inimitables por el dibujo, por la sencillez, por la gracia, por la brillantez y firmeza del colorido, son muy inferiores á las modernas en lo que ve al conocimiento de la perspectiva. Son sobre todo obscenas y desvergonzadas, y dan una clara muestra del grado de corrupcion á que habia llegado la ciudad inhumada en vida, que estaba consagrada á Vénus. Los niños y las mujeres se formaban á la vista de esos cuadros inmundos, que sus padres y maridos hacian representar fastuosamente en los muros de sus habitaciones. De esta manera la «sanctitas matronarum» tan decantada en lo antiguo, habia degenerado en la mas atroz licencia, y el pueblo conquistador, que habia derramado en todo el orbe la exuberancia de su vida, se doblegaba envilecido, trabajada su vitalidad moral y fisica por los vicios mas feos y degradantes!

El lujo, las comodidades de la vida, el sensualismo refinado, es lo

que se encuentra en Pompeya, y lo que se adivina que existió allí, estudiado en su grado mas alto. En estos respectos quedan muy atrás las naciones modernas. El pueblo gentil, no teniendo que respetar dios alguno, porque todos sus dioses eran igualmente inmorales, no teniendo religion que lo espiritualizara, trataba de perfeccionar la materia, que era lo único que comprendia, y de divinizar los goces de los sentidos, que eran para él los goces exclusivos de la vida. De allí nacieron su apego á las comodidades, su amor por las artes, y su corrupcion abyecta. No son para dichas las cosas que el viajero mira en Pompeya, en materia de escandalosas inscripciones, obscenos símbolos, y nauseabundas pinturas, que dan clarísima muestra de la desenfrenada lujuria á que se habia entregado el mundo antiguo. Los «ciceroni» han menester engañar á las damas viajeras, acerca de innumerables signos de concupiscencia, á fin de que no comprendan todo el horror de perdicion que en su significado envuelven.

En ninguna parte mejor que en Pompeya, se conoce cuál es el inmenso abismo que separa al mundo antiguo del moderno. Quedan allá la crueldad, la tiranía, la barbarie, el desconocimiento de los afectos mas tiernos de la naturaleza, la relajacion de los vínculos mas dulces de la familia, el despotismo en todas sus manifestaciones, desde el despotismo del César en el imperio, hasta el del marido y del padre en el hogar doméstico; el desprecio á la dignidad humana; la blasfemia contra lo mas santo: y todo esto envuelto bajo repugnante mortaja de inmoralidad, de corrupcion, y de licencia asquerosísima. El lujo y el esplendor de las artes deslumbran en esa ciudad los ojos del cuerpo; pero los vicios de que está impregnada, y que su ambiente forman, y que por do quier se respiran, llenan el alma de amarguísima tristeza, y nublan con nublitos de dolor el pensamiento.

El mundo ha avanzado desde el tiempo en que murió Pompeya acá, distancias inmensurables. Lo que era bueno entonces, y agradable á los dioses, es crimen ahora, y digno de castigo á los ojos de

Dios; lo que se veía en esa época como natural y ordinario, y formaba la vida de la humanidad, hace hoy cubrirse de rubor la frente de la humanidad moderna; las glorias sanguinarias, sensuales y feroces de aquellos tiempos, son la execracion, el odio ó el desprecio de los presentes. Y es que entre el mundo romano y las nacionalidades modernas, entre los hombres de entonces y la humanidad de ahora, se ha puesto de por medio el cristianismo, que ha venido á dar amor al corazón, luz á la inteligencia, y civilizacion al mundo!

Es cierto que la antigüedad comprendió mejor las artes que nosotros; pero ¿qué valen las artes comparadas con la filosofía, la moral, y el derecho? Las artes fueron hijas de la idolatría. Nosotros necesitamos idealizar la materia para atribuir perfecciones á Dios. La materia fué perfeccionada cuando era el ídolo de la humanidad; pero pasada esa época de degradacion y de miseria, el espíritu ha venido á sustituirla, y hoy es la tierra mundo de espíritus, que de cosas espirituales vive, y gira en torno de Dios, inmenso espíritu de cuyo potente soplo salieron y se alimentan todas las cosas.

La justicia eterna descargó su brazo sobre Pompeya, porque era la ciudad de los placeres, la ciudad de la concupiscencia, la ciudad consagrada á la impúdica Venus. Por iguales delitos fué sepultada la Pentápolis en Canaan, bajo el fuego del cielo. Pero como no solamente Pompeya se habia hecho acreedora al castigo, porque no solamente ella habia delinquido; el imperio entero, el orbe romano, el mundo antiguo que se habia entregado á los mismos desórdenes, á abominaciones idénticas, y estaba consagrado tambien á la diosa abyecta de los amores sensuales, pereció á fuego y hierro, ahogado en su propia sangre, quemado con sus mismos despojos, y en sus propios escombros sepultado! Bien se echan de ver en las huellas de esta inmensa justicia, los rastros de la misma espada vengadora, ministro de las iras de Dios, que hirió á Nínive, Babilonia, y las cinco nefandas ciudades que yacen hoy sepultadas bajo las aguas amargas del lago Asfaltito!